
*Jean Chataigner e Yves Leon**

Autosuficiencia o dependencia de la investigación en economía agraria, en países en vías de desarrollo

INTRODUCCION

El optimismo inquebrantable sobre las posibilidades de crecimiento que se ofrecían a los países del Tercer Mundo, imperante al principio de la primera «década del desarrollo», ha sido poco a poco sustituido por una actitud más circunspecta, actitud que los numerosos fracasos sufridos por las iniciativas de desarrollo justifican. En el campo agrícola, en particular, se ha abierto progresivamente camino la idea de la necesidad de entender mejor la realidad de estos países. Se trataba de observar mejor sus agriculturas y comprender mejor a sus agricultores para así aportar una respuesta adaptada a los problemas que se planteaban.

A menudo, uno se pregunta cuál ha sido el papel desempeñado por la investigación en economía agrícola en esta evolución de los espíritus. Nuestro estudio intenta contestar esta pregunta basándose en la experiencia adquirida en el Africa francófona, particularmente en Costa de Marfil. Queremos describir cómo se ha ido imponiendo la idea de una investigación dedicada a la economía agraria de los países en desarrollo y las dificultades para aplicarla y mos-

(*) Directores de Investigación del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, Departamento de Economía y Sociología Rurales.

Estación de Montpellier, 9 Place Viala, 34060 Montpellier Cedex y Estación de Rennes, 65 rue de Saint-Brieuc, 35042 Rennes Cedex.

— Agricultura y Sociedad nn. 38-39 (Enero-Junio 1986).

trar por qué la autonomía de esta investigación es una condición indispensable para su impacto sobre el desarrollo.

I. EL SURGIMIENTO DE UNA INVESTIGACION EN ECONOMIA AGRARIA, ADAPTADA A LOS PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Tras la segunda guerra mundial, la toma de conciencia del subdesarrollo fue unida a una gran confianza en las capacidades técnicas del mundo moderno para superar la desventaja que suponía la débil producción agrícola de los países subdesarrollados. Los espectaculares éxitos en la modernización de la agricultura de los países que, en esos momentos, estaban en fase de construcción contribuyeron a mantener esta confianza. Se cuestionaban poco, parece ser, las verdaderas razones de este éxito. ¿Consistía en la difusión entre los agricultores europeos de unos modelos técnicos buenos para el desarrollo, o bien en la reacción de esos agricultores a las potentes incitaciones, suscitada por el estado de penuria alimentaria de aquellos años o por la acción de los gobiernos implicados?

Por eso, en aquellos años, confiando en el papel del progreso técnico, se difundió a los países del tercer Mundo un modelo de desarrollo que daba una gran importancia a la propagación de técnicas nuevas. Este movimiento se tradujo en la ejecución de un impresionante número de proyectos de desarrollo agrícola, a todos los niveles. Pero es necesario reconocer que muchos de ellos fracasaron completa o parcialmente y que hacía falta intentar explicar las causas de dichos fracasos.

Por ejemplo, ha sido necesario comprobar la existencia de diferencias entre los resultados obtenidos por la investigación agronómica en la estación experimental y los de los agricultores a los que se había propuesto las correspondientes innovaciones. Peor aún, estas diferencias se seguían manteniendo al cabo de años, si es que no aumentaban, probando la mala adaptación del modelo propuesto a la mentalidad de los agricultores.

Este estado de cosas se traducía en una gran reticencia de los agricultores ante las innovaciones que se les imponían y desembocaban en la manifestaci3n de los conflictos de intereses existentes entre los diferentes protagonistas del desarrollo agrícola; los agricultores, el gobierno y sus instituciones y las fuentes exteriores de financiaci3n.

Frente a estas dificultades tardaron en aparecer las respuestas adecuadas. Para que lo hicieran, necesitaron la progresiva formaci3n y movilizaci3n de conocimientos específicos de economía agraria.

En efecto, lo que ha originado un importante desarrollo de los trabajos de economía agraria sobre los países en desarrollo y en ellos mismos, ha sido la necesidad de conocimientos cada vez más precisos de los mecanismos que rigen los fen3menos econ3micos y sociales. Esta nueva actividad se ha manifestado en la apelaci3n a conocimientos externos en forma de expertos en la formaci3n de técnicos nacionales y en la progresiva organizaci3n de una investigaci3n orientada prioritariamente hacia un mejor conocimiento de los sistemas de producci3n.

Hasta una época relativamente reciente, la actividad de los economistas agrarios cualificados en los países en desarrollo se realizaba al nivel de las decisiones nacionales, especialmente las de planificaci3n. Paralelamente, expertos de organismos financieros o de agencias de estudios especializadas, realizaban, durante estancias relativamente cortas, diagn3sticos y estudios de viabilidad de operaciones o de proyectos de desarrollo.

Desde hace una decena larga de años, los economistas agrarios participan en funciones de ayuda a la toma de decisi3n o en estudios complementarios, cercanos o incluso en el seno mismo de las acciones de desarrollo. En un país como Costa de Marfil, por ejemplo, en 1974 no había prácticamente ningún economista en las estructuras de desarrollo, mientras que en 1982 se podía contar más de una veintena.

Otro tipo de respuesta a las necesidades de economistas agrarios de los países en desarrollo la han proporcionado las fundaciones, (principalmente la FORD y la

ROCKEFELLER), que han favorecido la formación de especialistas nacionales ya sea en las universidades de los países desarrollados o ayudando a la implantación de las enseñanzas apropiadas a aquellos países. Por ejemplo, en Africa Oriental, esas fundaciones han apoyado vigorosamente a los departamentos de ciencias sociales de las universidades, lo que ha permitido aumentar de forma importante el número de diplomados. Con un retraso de una decena de años se está registrando un fenómeno análogo en el Africa francófona.

La contribución de las universidades extranjeras (sobre todo, americanas) ha aumentado sin cesar, mejorando a la vez la cualificación de su cuerpo docente, que se ha visto abocado a desarrollar su contacto con las realidades del Tercer Mundo. Europa no ha estado ausente de este movimiento, pero la relativa escasez de medios y quizá la especificidad de algunas de sus estructuras dedicadas a los países en desarrollo, no siempre le han permitido una respuesta satisfactoria frente a una demanda de tal importancia. La dimensión económica y social de los problemas de desarrollo rural finalmente se tomó en cuenta en la propia organización de la investigación. En centros internacionales como el IITA o el ICRISAT —por no citar más que los que intervienen en Africa— se ha querido, por ejemplo, integrar el análisis de los sistemas de producción como marco de referencia para la introducción de innovaciones. En otros centros ha sido importante la contribución de la economía agraria a la formación de agrónomos.

Paralelamente, se nota una tendencia a integrar la economía agraria en la reestructuración o creación de sistemas nacionales de investigación. Esta integración pasa normalmente por la creación de un equipo central ocupado de seguir, y si es posible anticipar, la evolución económica del sector agrícola para ayudar a orientar las investigaciones así como por la de equipos multidisciplinarios regionales dedicados al análisis de los sistemas de producción. En el Africa francófona, el Senegal ofrece un buen ejemplo de la aplicación reciente de un sistema de este tipo.

Por medio de este breve resumen de la evolución de la creciente participación de la economía agraria en la ayuda

a la toma de decisiones, incluso hasta en la orientación de las investigaciones agronómicas, se podrá observar que los conocimientos necesarios están totalmente en función de la ayuda exterior a los países en cuestión.

El papel de los nativos es aun muy pequeño y, en la mayoría de los casos, su formación, como la de los expertos extranjeros, sigue estando basada en conocimientos adquiridos con experiencias o investigaciones concebidas desde el exterior. En este campo, como en muchos otros, la dependencia es casi total en casi todos los países en desarrollo. Y a la vista del papel preponderante de las universidades norteamericanas en este proceso, podemos hablar de una dependencia preponderante respecto de la formación americana.

Para resumir, las teorías, los métodos, los conocimientos, las ideologías, todo procede del exterior. De ahí que sea imaginable, e incluso que haya que admitir, que no se producirá un verdadero desarrollo hasta que se consiga una capacidad autónoma de análisis y reflexión sobre el desarrollo agrícola dentro del propio país. Y esta capacidad de reflexión se manifiesta en nuestro mundo contemporáneo en la existencia de trabajos de investigación en ciencias sociales.

II. LAS DIFICULTADES PARA PONER EN MARCHA UNA INVESTIGACION AUTONOMA

En los últimos años se han multiplicado los intentos de ayuda para constituir un potencial destinado a la investigación nacional, pero han tropezado con numerosas dificultades, todas ellas relacionadas con sus modalidades de inserción en la sociedad. Habiendo participado en uno de ellos, querríamos intentar mostrar sus peculiaridades y exponer lo que, en nuestra opinión, todavía se opone a su desarrollo pleno.

En Costa de Marfil, la eclosión de la investigación en economía agraria fue incuestionablemente favorecida por la existencia de una agricultura y de una investigación agraria dinámicas. Pero la investigación organizada, en este

campo, es sobre todo el fruto de una voluntad política, expresada en su momento (1972-78) por la acción planificadora del Ministerio de la Investigación Científica, que puso sus esperanzas en el desarrollo de una estructura nacional. Inscrito en un proceso general de progresiva reorganización y control de la investigación en su conjunto, la creación y desarrollo del CIRES se benefició de la creación de un estatuto del investigador y de una financiación nacional que lo ponían provisionalmente a salvo de presiones exteriores excesivas. La elección de programas fue facilitada por un proceso de confrontación con los principales protagonistas del desarrollo, y su puesta en práctica tuvo muy en cuenta la necesidad de formar investigadores nativos. El recurso a la asistencia exterior en lo relativo al personal necesario fue voluntariamente reducido al mínimo, a la vez que se favorecía al máximo la coordinación con los potenciales existentes en otras estructuras. La publicación periódica de los resultados de las investigaciones en los cuadernos del CIRES desempeñó un papel determinante en la valoración y propagación de los conocimientos. Y CIRES utilizó todos los recursos disponibles para la formación, en el plazo más breve posible, del máximo de investigadores y proporcionó un apoyo sistemático a la formación práctica de estudiantes de economía de diferentes orígenes.

Diez años después, el CIRES cuenta con una veintena de investigadores, más de la mitad de ellos en economía agraria, y otros tantos en fase de formación. Cuenta con una audiencia real tanto a nivel interior como exterior, catalizando los esfuerzos nacionales y extranjeros de investigación y formación, y en concreto sirve como apoyo para la creación de estudios a nivel de doctor en el África francófona.

Sin embargo, no se ha conseguido desmontar todas las redes de la dependencia, que tienen por origen, esencialmente, la dificultad de integrar la investigación en las realidades del desarrollo. Los efectos de dichas redes suelen agravarse, además, por las inadaptaciones de las modalidades de gestión interna de la investigación y la multiplicidad de formas de intervención exterior.

En los países desarrollados, la investigación agronómica, y en concreto la investigación en economía agraria, se beneficia del incesante intercambio de ideas entre los investigadores, así como de la diversidad de organizaciones que animan el sector agrario. La conversión de las necesidades percibidas en los diferentes niveles de decisión en temas de investigación se beneficia también de la existencia de numerosas ocasiones que surgen para el encuentro entre investigadores y agricultores y de una educación generalizada que proporciona las bases de un lenguaje común. Y, por último, la multiplicidad de los interlocutores garantiza la posibilidad de una libre expresión, principal garantía de la eficacia.

En los países en vías de desarrollo, la situación se caracteriza principalmente por la desigual capacidad de expresión de los participantes en la actividad económica y social. El investigador sólo encuentra ante él, como únicos interlocutores, al Estado y sus diversos órganos relacionados con la ejecución de los planes de desarrollo.

En el mejor de los casos, tal y como hemos podido observar en Costa de Marfil, la organización sistemática de un diálogo entre los diferentes niveles de decisión del Estado y los investigadores en diversos campos, ha conseguido mejorar apreciablemente las posibilidades de orientar la investigación. Pero en casi todos los casos, la ausencia cuasi generalizada de instancias que permitan a los principales protagonistas, los agricultores, expresarse ha contribuido a hacer aun más difícil el tomar en consideración cuestiones fundamentales del desarrollo. Sabemos, en efecto, que en las ciencias sociales no existe un planteamiento verdaderamente científico que sea exterior al mundo al que se van a aplicar aquéllas. El mismo investigador forma parte del mundo que observa y la verificación científica no puede establecerse más que en contacto con la diversidad de comportamientos de los diferentes actores sociales. En esas condiciones, el ejercicio de la actividad investigadora sobre economía agraria en la mayoría de los países en desarrollo, se enfrenta con un obstáculo de primera magnitud que es la propia expresión de las desigualdades ligadas al desarrollo.

Esta situación se ve agravada, en la mayoría de los casos, por la precariedad o el alcance insuficiente del estatuto del investigador y de los medios de investigación, lo que traduce el poco reconocimiento de su utilidad social y a veces, desgraciadamente, una cierta desconfianza. Es cierto, en efecto, que con sus trabajos, el investigador revela mecanismos sociales y económicos cuya explicación puede cuestionar los intereses del Estado o de individuos y grupos ligados a su existencia. En ese caso hace falta plantearse problemas de libertad de expresión.

Cuando, por suerte y gracias al empeño de aquellos que se han hecho cargo de la creación de un potencial investigador nacional, se hacen efectivos el reconocimiento de los poderes públicos a los esfuerzos realizados y la comprensión de las agencias financiadoras extranjeras es suficiente para garantizar la continuidad de las actividades, aún quedan por superar otros obstáculos.

En efecto, si la actividad de investigación llega a ser creíble, será muy probable que las solicitudes de realización de estudios en plazos breves sean numerosas y que resulten tanto más atractivas cuanto que vendrán acompañadas de financiación cómodas. Estas demandas pueden venir del propio país, pero lo más normal es que lleguen del extranjero. Y los investigadores y profesores jóvenes, halagados por tal consideración, se ven rápidamente inmersos en una sucesión de intervenciones desordenadas que muy a menudo sólo hacen concebir la ilusión de que se están tomando en cuenta las realidades del país. En este tipo de trabajo, los investigadores o profesores jóvenes no son más que mano de obra al servicio de análisis foráneos. Son muy escasas las situaciones que permiten que en un estudio concreto pueda lograrse una acumulación científica útil para el desarrollo de un programa que permanezca bajo el control de la institución que les emplea.

Por otro lado, temiendo este tipo de compromisos, o no gozando de toda la necesaria estima de los poderes públicos y las sociedades dedicadas a llevar a cabo estudios, un instituto de investigación recién creado, puede, justificadamente, pensar que debe orientar sus prioridades ha-

cia la formación exterior: a que la actividad de investigación debe sufragar la formación. Pero aquí amenaza otro peligro: una mala articulación con el desarrollo, que puede llegar hasta un verdadero aislamiento. Aislamiento que desgraciadamente caracteriza a numerosas universidades del Tercer Mundo y que favorece demasiado la simple repetición, por los ciudadanos del país, de las enseñanzas concebidas y recibidas del exterior.

Por todo ello, es muy difícil conseguir la autonomía de una actividad investigadora en los países en desarrollo y, en concreto, la de la economía agraria. Exige de sus promotores una gran clarividencia de la fijación de las prioridades y una gran firmeza en la gestión. Como todas las acciones de desarrollo que tienen éxito, exige grandes cualidades humanas. Hace falta, en efecto, definir los programas para que estén bien articulados con las prioridades del desarrollo deseadas por el país, crear o desarrollar una formación superior que tenga como principal preocupación que dicha formación esté basada en los conocimientos efectivos de la agricultura del país y responder, sin dejarse desbordar, a las solicitudes del exterior, bajo pena de aislamiento.

Frente a estas dificultades, la cooperación internacional suele limitarse a ayudas que afectan a un solo elemento del conjunto de la investigación, de duración limitada. Podría ser más eficaz si tuviera en cuenta el apoyo a largo plazo a un programa definido y que el país que recibe la ayuda, hubiera reconocido como prioritario y prestara atención al hecho de favorecer las relaciones entre equipos de investigadores de países del Norte y países del Sur y entre países del Sur entre sí.

Porque, ¿cuáles son los defectos de la cooperación internacional tal como se suele practicar? Hemos observado dos debilidades principales que constituyen obstáculos para la creación de una investigación autónoma y eficaz en los países en vías de desarrollo.

En primer lugar, nos parece que la brevedad e inconstancia de la ayuda se oponen a la larga duración deseada, necesaria para la creación de un potencial de investigación

eficaz. Si hacen falta como mínimo diez años para formar un equipo investigador autónomo en un país desarrollado, cuanto más en uno que se encuentre en peores condiciones. Sin embargo, es raro que una ayuda a programas de investigación sobre economía agraria supere los dos o tres, o los cinco años, sin sufrir modificaciones en el origen, el importe y la orientación de los trabajos.

La inadecuación de la formación dada a los investigadores nacionales plantea otros problemas muy complejos. Hace falta diseñar una formación que responda mejor a las necesidades reales de los países implicados. Pero ¿cómo ponerla en práctica, cuando el bagaje de los conocimientos sobre el país todavía es escaso? Por el contrario, cuando la formación, en sus programas y su financiación, está definida desde el exterior, está todo preparado para desarrollar una investigación verdaderamente dirigida al exterior, y muy a menudo al servicio del exterior, a pesar de la buena voluntad de sus protagonistas.

Bibliografía

- ARNON, J. 1976. *Planification et programmation de la recherche agricole*. F.A.O. Roma.
- ARNDT, T.M.; DALRYMPLE, D.G. and RUTTAN, V.W. 1977. *Resource allocation and Productivity*. In national and international agricultural research. Universidad de Minnesota, Minneapolis.
- CASAS, J. 1977. *Réflexions sur la recherche agronomique dans les pays sous-développés et moyennement développés*. INRA, Montpellier.
- CASAS, J.; LABOUESSE, F.; DEVRED, R.; TROUCHAUD, P.P. 1984. *L'Institut National de la Recherche Agronomique du Maroc*. Bilan et perspectives. ISNAR, La Haya.
- CENTRE IVOIRIEN DE RECHERCHE ECONOMIQUE ET SOCIALE. 1984. *Plan de développement du CIREC, 1984-2000*. Abidjan.
- DU PLESSIX, D.J. et alii. 1973. *La programmation de la recherche agronomique en Côte d'Ivoire*. Abidjan. Colloquio IIP.
- CONTANT, R.B. 1984. *Linking agricultural research and higher agricultural education: a partnership for success*. ISNAR. La Haya.
- IDACHABA, F.S. 1983. *Expanding and managing agricultural research in West-Africa*. Invited paper delivered at the 5th Biennial Conference of the West African Association of Agricultural Economists. Abidjan. Ponencia oficial presentada al 5º Congreso bianual de la Asociación de Economistas Agrarios de Africa del Oeste. Abidjan.
- NURSKÉ, R. 1953. *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries*.
- RUTTAN, V.W. 1982. *Agricultural research policy*. Universidad de Minnesota, Minneapolis.

RESUMEN

La experiencia de las dos últimas décadas muestra que la investigación en economía agraria puede aportar una notable contribución al desarrollo. Es una conclusión a la que se ha llegado de una forma progresiva y para establecerla ha sido necesaria una importante evolución de la demanda de trabajos sobre economía.

Incluso en los países en que se ha superado esta etapa, continúan las dificultades y los tanteos. La segunda enseñanza de esta experiencia es que sólo la creación de una investigación realmente autónoma permitirá la obtención de avances científicos hoy indispensables. Para alcanzar esta nueva etapa quedan por superar algunos obstáculos. Conseguirlo pasa, en opinión del autor, por una investigación aún más centrada en las realidades nacionales y que participe directamente en el apoyo a una formación inicial de los investigadores que esté mejor adaptada a ellas.

RÉSUMÉ

L'expérience des deux dernières décennies montre que la recherche en économie agricole peut apporter une contribution notable au développement. Ce constat ne s'est dégagé que très progressivement et il a fallu une évolution importante de la demande en travaux d'économie pour qu'il soit clairement établi.

Même dans les pays où cette étape a été franchie, les difficultés et les tâtonnements se poursuivent. Le deuxième enseignement de l'expérience est que seule la construction d'une recherche réellement autonome permettra les avancées scientifiques désormais indispensables. Nombre d'obstacles restent à franchir pour cette nouvelle étape. Leur dépassement repose selon nous sur une recherche encore plus axée sur les réalités nationales intervenant en appui direct dans une formulation initiale des chercheurs mieux adaptée.

SUMMARY

The experiences of the last two decades show that research in agricultural economics can make a considerable contribution to a country's development. This fact became progressively apparent and necessitated an important evolution in the demand for economic studies in order that it would be clearly established.

The development of autonomous research is necessary. This alone can conveniently integrate the actions of various economic agents. But the development of such a research in rural economy is yet confronted with many difficulties. Some are of internal origin. They will be overcome when rural economics are recognized as necessary for development. Other difficulties are of external origin. They will be resolved when the different international contributors of aid understand that their interest is to support the development and expansion of an autonomous team of native researchers.